

poesía

Chimpe

Jesús Bartolo



FLECHA ROJA EDICIONES

Chimpe

Jesús Bartolo

Es un fantasma lleno de palabras y de sorpresas
en el que de todos modos es difícil penetrar.

Fernando del Paso

1

I

Chimpe busca su cordura debajo de las piedras,
en los huracos del viento el nombre de una mujer,
el perfume de un río en el canto de la lluvia.
No encuentra los pájaros de su infancia en la memoria,
y su mente, aunque está poblada de árboles,
nada musitan,
va de una calle a otra con paso vacuno,
creyendo
que los agrios del color verde
son las voces en su cabeza,
habla a solas mientras carga en sus hombros
la palanca con sus baldes de desperdicio.
Estrábica su mirada se pierde en el calor del día,
más allá, de su acá solitario,
y va aguzando el ojo por todo rincón
que la bola ocular se le salta de los cuencos;
allá
de toda esta raída presencia,
donde su saco no pesaba
de mugre y su sombrero no tenía ningún hoyo,
ni sus pantalones,
los zurcidos y parches del tiempo.

Chimpe,
viejo nauta de las esquinas,
bogavante del chapopote,
gentil hombre de los almendros,
a dónde tus ojos de becerro triste,
a dónde tu respiro de langostino de arroyo,
a dónde tu humor de mango criollo,
la migración de tu pensamiento nunca acaba;
incesante tu nombre criba mi lengua,
hace nubarrones en la sinapsis de mi cabeza,
hollina tu sonrisa aquel miedo;

aquí caminas

por José Agustín Ramírez,

allá por Nicolás Bravo;

aquí subes por Aquiles Serdán,

acá bajas

por la subida de la Iglesia

y columpias tus encías en el parque;

allá

en el atrio hiede tu corazón

y deshuesa su sangre por los escalones.

Acá,

eres un extravío por el callejón Niños Héroes;

por la calle la parroquia: van tus ojos trémulos,

la granada de tu pecho, abierta,

enseñando el rojo de la herida;

allá,

antes de tus uñas mugrientas y tu nombre intacto,

antes de que todo fuera canícula en tu cuerpo

y el olor del pan, recua desbocada, hendiera el aire,

mucho antes, de que tu rumbo fuera el de una aparición,

y tus fantasmas anidaran las esquinas...

ahí,

búho del mediodía, saraguato del espanto,

ticuiricha de nuestras correderas: te vieron caminar

por Vicente Guerrero aún con tu traje de novio,

cuando doblaste por Independencia

ya eras un hilacho,

en 5 de mayo ya no supiste quién eras

ni a dónde ibas,

cuando te encontraron por la colonia Florida,

tu habla era un balbuceo,

y tu paso, el de un ternero

que no encontraba la puerta del corral.

¿En qué calle el ictus hizo estragos en tu cabeza?

Pasó el nevero a tu lado y no lo viste,

un auto frenó de sopetón

y el rechinido de llantas se perdió en la cuadra
y tú seguiste con tu penuria adentro,
el cielo se encapotó de chicurros,
las palmas parloteaban de lado a lado de la calle
del cortejo de un ventarrón que tocó su chile frito
a un palmo de tu cara y tú ni te inmutaste.

—Chimpe—:

cada hombre tiene su historia,
pero la tuya no tiene los higos del invierno,
ni la noche dátíl donde el amor es un forastero
que huye sin cabeza por entre lo limonares.
No tiene peces remeros contra la corriente
del río Atoyac,
ni perros de agua que ladren a la luna,
mientras la lluvia es una oscurana sin sexo.
En esta historia,
el agua no les lame el clítoris a las piedras,
los árboles de mango del zócalo tampoco paren
pájaros atardesados
ni el olor de la birria de chivo
llega a mansalva hasta el olfato de lo que una vez fuimos.

Tu nombre era el miedo

que tintineaba por los almendros cuando alguien gritaba:

¡ahí viene Chimpe!

Y nosotros, aquellos niños,

corríamos algarábicos a escondernos:

atrás de la puerta, debajo de la cama,

arriba de los árboles

o simplemente

nos desaparecíamos cerrando los ojos:

ahora mismo,

mi corazón se resguarda de tu nombre

y se ampara tras una concha de coco,

que allá

arde como las primeras gotas de lluvia contra el suelo.

Aquí,

arde el sol y la lluvia es sólo una premonición lejana,

tan lejana que la escucho en aquellos tejados

de tejas rojas y caída larga,

donde el agua

caía como de una resbaladilla con una sonrisa amplia.

Allá

andan todavía los carretilleros

con los torsos desnudos y sudorosos,

acá

las ruedas de sus carretillas avanzan por la sangre,

tú, errante por Hermenegildo Galeana, insolado,
vas con tus pantalones arremangados hasta la rodilla,
un mecate por cinturón luces en tu cintura,
las mangas de tu saco recogidas en los codos,
chasqueas la lengua y es el ritmo de tus pasos,
aquí en mis ojos el azul de la flor en tu solapa

aún no se deslava;

veo tu sonrisa chimuela desandar por Juárez;
aquellas son tus calles, estas son las mías,

las mismas calles del mismo pueblo,
pero, tú, buscas en ellas y yo te encuentro
en ellas:

borrico de locura, acémila sin descanso,

aparición desesperada.

Por Morelos corrí despavorido

porque tu sombra me correteaba,

en Ignacio Manuel Altamirano

la sed y el cansancio me detuvo,

aún respiro grueso en mi ahora,

aquella vez fui un gamo,

ahora un quelonio que te recuerda

recargado en un almendro de Nigromante

comiéndote un cubito de grosella

y abanicándote con tu sombrero,
 ternero seseante.

—Chimpe—,
tu mirada era encapotada como el cerro de Teotepec;
la de un cebú en el mediodía, tu cansina zancada;
olías agrio como las cebollas de las enchiladas de aire
 y chile guajillo del mercado,
a cuatete salado en el hervor del cenit,
a guamuche amontonado en el solar de la casa.

Correosos tus gestos
almidonaron mi miedo cada día de mi infancia.

En tu pecho hundido ¿había un corazón?
O era el palpito del vacío
lo que ahí sonaba su maraca de cirían.

Cuentáme —Chimpe— por qué los gabazos de tu ser
empedrarón las calles de la colonia el Parazal,
por qué el agua de coco de tu penuria regó
todo los callejones y bocacalles de mis arterias,
por qué los pichos y las garzas
jamás volvieron a las pozas de tus ojos,

y se estancaron tus pupilas

como dos charcas después de la lluvia.

¿Cuándo comenzaste a desdentarte?,

Fue en la calle del Capire

donde perdiste tu primer diente,

o la piedra que en Miguel Hidalgo

te tumbó un canino,

¿dónde tu sonrisa de vaca tomó la forma del espanto?

¿dónde, cuándo, en qué instante, dos charales dementes

comenzaron a nadar en el fondo de tus ojos?

¿En Montes de Oca, gritaste todas las injurias contra Dios

o fue en Mariano Matamoros donde te quedaste sin blasfemias?

La desgracia de los hombres

—Chimpe— yo no sé dónde comienzan

dicen que, en algún lado, también cuentan:

que la tuya comenzó

en la Iglesia de Santa María de la Asunción,

el día de tu boda, —liso el cielo,

liso,

como cuando va a hacer frío,

liso,

de enfermedad y desgracia,

porque en Atoyac no hace frío,

sólo algún fresco

llega a morderle las rodillas de vez en cuando—.

Así era el día,

como cualquier otro día tropical:

la gente iba y venía

con prisa de ápteras por las calles,

el viento

se enconchaba en su armadillo caparazón

y dormía

en las hojas quietas de los tamarindos,

por Ignacio Allende se apagaba el alto parlante

del periódico la voz de Costa Grande;

un niño miraba el río Atoyac

y era la única parte del mar que conocería en su vida;

un hombre dejaba unas flores en una tumba

y se marchaba con el deseo de siempre volver,

el eco de un Ave María se extinguía por Corregidora.

Las aguas frescas, sudaban en sus vitroleros,

las marchantas del mercado Perseverancia

se ponían los yaguales en sus cabezas

y sus bolsas del mandado como sombrillas.

Hugo el “loco” preguntaba en los puestos de verduras

si no tenían basura

y se marchaba zumbando como una abeja entre la gente,
costal al hombro
con esa sonrisa entre los labios que sólo los locos saben por qué...

Y ahí estás —Chimpe—
solo como un relleno de cucche adentro del horno,
en el atrio de la iglesia,
esperando, a ver si llega, y yo aquí oteando
hecho un revoltijo,
hirviendo adentro del traje,
quemándose tu cerebro debajo del sombrero,
chamuscándose tu rostro en los ojos de los demás,
martajada el alma con la piedra de la habladuría,
resaca ya tus entrañas por ese presentimiento,
de que nunca y esto es exacto,
nunca acudirá a las escalinatas
de la entrada de aquel templo...

se jodió la vida —Chimpe—

se jodió la tarde, y sabes,
aquí también se jodió la vida y la tarde,

y lo sé,

porque el cielo está liso
y muerto por la sed de pájaros,

liso,
como los pétalos de la flor en tu solapa,
liso,
como tu pantalón nuevo,
liso,
como tus zapatos de charol,
liso,
como el espacio que llenaste con tu figura corriendo,
liso,
como la esperanza muerta
perdiéndose al final de la calle.

Cada día se desmorona alguna cosa —Chimpe—
se castra un corazón,
escucha uno del viento:
entre un pájaro y el olvido: sólo la caída;
el tiempo que remedio,
no sirve ni para fomento de agua tibia,
el tiempo
—Chimpe— solo es constancia de que morimos
o que estamos muertos desde el principio,
en el primer llanto,
certeza de que todo el dolor será nuestro,
de que nunca,

como las arrugas, se va del cuerpo,
de que siempre,
martillea en los días de lluvia o de canícula,
en las noches donde el jacinto

huele a luna llena

y la luna mestiza apuña el párpado

y el cielo se queda sin ombligo;

de que jamás deja de pasar como un río,

ni en el recuerdo ni en el cauce,

aunque en el lecho, corra o no, agua,

ni asomen por las piedras

las sombras de los chaneques

o el ánima de algún ahogado.

Las greñas de tu tristeza —Chimpe—

también crecen en mi tristeza

y me jalan,

dura, duramente,

las raíces del mar de Hacienda de Cabañas

que aún enraízan la fragilidad de mis pulmones,

en mi pecho

traigo los cadáveres de las gaviotas

que venteaban la sal de los alevines.

El salitre de tus pasos

ha vuelto viejo el chapopote de estas calles,
los aleros de los corredores

se apolillan porque tu aliento salino
es musgo entre las tejas,
retorcida quejumbre y desaliento,
que los cuijes se han abandonado al apetito

sin tregua de las arañas
y los arácnidos,
ya son hilachos en las tenazas de las hormigas
y las mirmicidas, voluntad del polvo,
abono para otros esqueletos,
y sabes —Chimpe—
en este pueblo los almendros

lloran más que los sauces,
los puercos chillan
más que los niños,
y los infantes nada saben de chicatanas,

la tecoyota
es el nombre de un pan en la memoria de sus padres,
los bocadillos de coco,
un dulce que no los atrae, pero, —sabes—
no hay como una mordida
a una panochita de ajonjolí con café caliente,
o una cucharada de conserva de mango

con leche tibia,
una paladeada
a un jamoncillo de leche quemada con vainilla,
ni ese miedo de mirarte morder una cocada
con tu boca sin dientes.

—Chimpe— la codorniz de la cordura
voló espantada del nido de tu cabeza.
Se alejó rauda por el cerro de la Florida,
Allá, se perdió entre la luz y los matorrales.
El gallo era un ladrido
que gorgoreaba en el vapor de la tarde,
el calor de agosto era denso,
el animal de la lluvia
asomaba por el rumbo
del Rincón de las Parotas,
tus ojos tenían las fauces del mar,
listas, para dar una tarascada,
tu cuerpo era una clepsidra
a punto de reventar la pupa de la psicastenia.
—Chimpe—
vacuno hombre,
manso varón de la calle,
pedestre humano,

habitante de mi miedo,
del miedo de mi infancia,
aquí está el respiro que te debo,
mi verso sin calostro,
el ovillo de hilo de mis papalotes,
los tréboles que nunca aposté
en el juego de la rueda o el rombo;
mi mano sentada para lanzar el tiro
y matar sentequito mis fobias de párvulo;
aquí te dejo mis clavados de perro de agua,
los volados perdidos
y mis centavos de cobre de las retachaditas.

—Chimpe—

y si esto es poco,
te dejo el camino Real a San Martín,
la arena y los pangos que llevaban al Ticuí,
las combis con rumbo a la “y” Griega y el Ciruelar,
el paradero el Atrancón:
te dejo abierta la puerta hacía la sierra.

El pescado frito y dorado de aquellos días,

las picaditas

que aún hacen agua en la boca,
y los bocados de iguana en caldo rojo,

el tapadito de hoya

—Chimpe— con memelas del comal

que aún queman las yemas de mis dedos,

aquí te dejo como una ofrenda:

los huevos de cucucha y la charamusca de caña,

los elotes asados en las laderas de la milpa,

y el borrico brioso

que nunca se dejó montar cuando íbamos a la huerta.

II

Chimpe:

Te vio el nevero sacando espuma por la boca
por 18 de marzo esquina las Palmas.

Coronitas,

aseguró que tus ojos eran dos pájaros vacíos:
te miró cuando pasaste por la Parota

de la colonia Manuel Téllez.

Por la Mariscal, alguien dijo: *ese hombre*
ya no respondía por su nombre,
una mano invisible lo llevaba, quién sabe
porque vericuetos que él sólo veía.

La mujer del pan con el chiquihuite en la cabeza
juro por Dios: que tus manos temblaban
como si un cuello invisible llenara su palpo.

El viento olió tu miseria por Fernando Rosas,
y en Juan R. Escudero tu olor de animal muerto
aun persistía en continuar por las calles.

En 26 de marzo un campesino, pensó
que eras una aparición, se quitó el sombrero,
se santiguo y se fue rezando un padre nuestro.

La comadre de mi abuela te confundió
con un robachicos y un facineroso
que asediaba a las mujeres solas

y a los chiquillos por la Francisco Villa.

Las mujeres que lavaban en el río su ropa
te vieron cruzarlo, brincando de piedra en piedra.

En la colonia Mártires, dos viejos te escucharon
graznar como una parvada de zopilotes.

Los *pangueros* se encomendaron a todos los santos
Cuando apareciste entre los pasajeros, rumbo al Ticuí.

También te miraron por Corralfalso
ordeñando el ganado en la oscurana

del día de muertos.

Los niños te vieron por todas las calles del pueblo,
a la misma hora y el mismo día, paseando
tu demencia con un cordel de grillos.

El campanero escuchó tu llanto
cada vez que tocaba a misa de seis
en los árboles de almendros de Felipe Ángeles;
en los ramajes de los cacahuanaches
de Abrazo de Acatempa, los tumbadores de coco,
vieron a la iguana de tu pena
comerse las últimas tripas de tu cordura.

Te vieron: los ojos de un toro muerto,
el chillido de un marrano que sacrificaban,
el ahogo de un peligüey que era degollado,
pasar raudo por el rastro de Atoyac.

Meche la loca —dijo— que te vio
salir de la boca de una mujer que preguntaba por ti.
Te vieron, el cura, le vendedora de verduras
y mi abuelo muerto, quemándote de las entrañas
hacia afuera como una lámpara de petróleo.
Raúl la Cirila te encontró petrificado
junto a la banqueta que todas las mañanas barría
y percibió que dos cocuyos eran tus ojos.
En la carpintería de los Castro
dejaste un diente como un epitafio de tu voz.
Cuando subieron las cortinas de Estufas y Gas del Sur
te quedaste pichón desamparado
ante el sahumero del reflejo que te devolvió
el espejo de una cómoda de seis cajones.
Ante la pared del silencio de tu rostro
todos enmudecieron
y un ruido agrio
se les atornillo en el corazón.

III

Allá en la infancia, te vi, destrazado,
ebrio de calor, mascando una cocada,
con la espalda cansada como una vaca vieja,
con un collar de mugre en el pescuezo,
percutido el saco, deslavado tu aliento,
decolorado tu entusiasmo, a paso bovino
por la calle, embobinando la distancia,
con tus eternos baldes con los sobrantes
de las casas,
con tu inseparable sombrilla
y tu sombrero roto, audible
a penas tu presencia de espantapájaros,
y tu sonrisa de fantasma canicular
yendo y viniendo por la sombra de los árboles,
a rayo de sol cargando tus huesos,
el desperdicio para los chanchos,
y la gente huyendo de tu humor, de tu ánima,
del tino de tus sombrillazos, y ellos,
los chamacos del temor que los desaparecieras
en el sombrero de mago en tu cabeza.
Te vi salando el aire con el sudor de tu sonrisa,
entristecer las flores con el calor de tus manos,
atravesar el canto de los pájaros

con tu seseo de becerro y tu quietura en las esquinas.

Te vi a rais y con huaraches convocando al polvo,

humear como concha de coco en el horizonte,

chasquear la lengua

y cortarse la masa de los tamales,

estornudar y agriarse la leche fresca.

En el tamarindo, cerca de la fábrica de hielo,

te vieron apedrear tu rostro en una charca de agua,

donde dos cuchos corrientes se bañaban.

Te vi comer lodo de las paredes de las casas,

quitarte las costras de las rodillas,

y deleitarlas como un nanche maduro y jugoso.

Chimpe:

Hebroso hombre de ayer, en la Pindecua

te escucharon mugir como un becerro perdido

y garranchado de una pata, golpear tu cabeza

contra un zazanil y sangrar descalabrado

por la colonia Sonora; yo te vi por 8 de agosto

royendo una vara de caña y escupir sus bagazos.

De ayer también es mi miedo —Chimpe—

a la gente chimuela,

a los ojos que parecen salirse de sus orbitas,

a la gente muda y quieta que no se mueve
ni para espantarse una mosca; es mi miedo,
delgado como una muchedumbre

que espera haciendo fila,
como el hueso de una fruta
que duerme y se despierta apenas el agua
toca a la puerta de su sueño

y abre el ojo con angustia.

Es mi miedo del tamaño de tu sonrisa,
amplio como el vaivén de los columpios,
magro como la carne de la barbacoa

antes de coserse,
palpable como la pulpa de los icacos
y ácido como el centro de las marañonas.

Y aquí estoy —Chimpe— arropado de mi miedo
escribiéndote,

comiéndome aquella cocada que me ofreciste
con aquella sonrisa sin dientes
cuando en el parque me columpiaba

y comenzó mi desgracia.

2

I

La memoria: saco de yute a la que el olvido
le hace hoyos con sus dientes
y le vacía los granos de la vida pasada.

Raúl *la Cirila*, Hugo *el Loco*,
la vesania de Meche, tres seres
inofensivos a los que nunca comprendimos,
porque no entendimos que el mundo
en su cabeza, era el nuestro:
el espacio y el tiempo habitados.

Raúl, era un hombre que vestía
de camisa blanca y pantalón sastre,
pulcro él, como sus zapatos
y la calle que barría con esmero
todas las mañanas y regaba,
hasta que el olor húmedo de la tierra
desprendía su aroma absoluto.
Su pelo envaselinado, también
era parte de ese cuadro de alba limpia.
Ahora que recuerdo, todos los vecinos
barrían y regaban sus patios:
Agripino, Don José, el Señor Luna,
el dueño de la tienda de discos,

el peluquero de la esquina
que estaba entre Cinco de Mayo y Agustín Ramírez;
Faustino, mi bisabuelo con su escoba de escobilla,
Don Onofre, por la mañana y su mujer, por la tarde.
mi padrino, el solterón de la calle;
la señora Calistra que no tenía almendros
pero sí, adelfas, tulipanes y rosas,
además, vendía cubitos de coco y vainilla;
doña Sabina, que recargaba su escoba
en los vetustos mirtos
y acicalaba la tierra de piedras, mientras,
platicaba con Angelita del cura Isidoro
y de asuntos de la iglesia. Veo la calva
de Emiliano o las piernas de Mine, su mujer,
esa hembra que fue mi desvelo y fantasía,
igual que la enfermera, esposa del doctor Juanito.
Tierra húmeda que abre el hambre,
un puño quisiera llevarme a la boca,
mascarla lento...qué día moriste Raúl:
Raúl *la Cirila*, no ha muerto, en cada flor
amarilla que cae de los almendros, está;
en cada gota de lluvia que peina a los almendros,
está; en cada hoja que besa el suelo, está,
donde la calle Nicolás Bravo se vuelve Agustín Ramírez

y ésta, en Independencia y Cinco de Mayo, estás.

Estás, en estos versos que quizá también

un día muerdan el olvido y, en mi memoria

que tal vez se haga polvo que se esparza y se difumine

como el árbol de hule de la calle,

como el árbol de barquitos donde recostabas tu hombro

y mirabas larga y profundamente hacia un sitio

donde solamente tú eras feliz.

II

Hugo *el loco* recogía basura en los puestos
del mercado y la llevaba a tirar al río,
camisa al hombro y pantalones arremangados
hasta la rodilla, cinturón de mecate,
chaparrito y barrigón, hablaba tan rápido
que escupía las palabras, agresivo no era,
sólo se defendía; bigotes poquiteros,
barba mal cuidada, le gustaba
jugar a las *retachaditas* con los boleros
de la plaza Morelos. La chanza y los albures
eran su pan diario, caminaba por Juan N. Álvarez,
Cinco de mayo, el callejón la Parroquia,
por Niños Héroes, Nigromante, Calle Hidalgo,
Independencia, de dónde venía, dónde vivía:
en la Colonia Mártires, la Florida,
en la Manuel Téllez; venía de la Mariscal, la Villita,
la Pindecua; desnudo el pie, menudo el paso,
rápido y ágil para alguien que camina mucho.
Hugo, de algún lado llegamos con la demencia intacta
a desgranar el desvarío sobre la tierra
que nos pisa la planta del pie, sobre los olores
que nos habitan con su acritud la añoranza.

Todos venimos y vamos a algún lado,
todos llegamos a un siempre y mi siempre
es este pueblo, ojo de pájaro herido,
culebra de tajo abierto, infancia de frutos maduros,
siempre de gente que murió y que nunca se muere.

III

El delirio de Meche *la loca*, era ponerse vestido,
verse bonita, hablar a solas e ir por las tortillas,
mirar largamente el río que se miraba desde su casa
e imitar a los pájaros en canto y vuelo,
era hablar con el verde de las plantas ribereñas,
con el viento en chiflidos, la chifladura de los cuerdos.
Era acicalarse el pelo con el canto de las chicharras.
Encordar su frenesí al desvarío del día.
Pasar las horas en la vesania de su mirada
hablando consigo misma, de aquellas voces
que le decían en su cabeza sus manías.
Era su demencia un manso perro de agua
secándose al sol sobre una piedra y nuestra la insania.